

# Reseñas

## Volver a casa

Publicado originalmente en inglés en 1991 como *Plague of Caterpillars. A Return to the African Bush*, Nigel Barley regresa a donde los Dowayo de Camerún en busca de aclarar el «rito de iniciación» (circuncisión), que no había logrado dilucidar en su primer encuentro con esta cultura y que dio como resultado la publicación de su libro *El Antropólogo Inocente* (Anagrama, Crónicas 18, Barcelona, 1989).

En su estilo de crónica etnográfica, retoma sus diarios de campo y los recrea siguiendo un riguroso y divertido ensayo en donde la observación y la descripción dan paso a una realidad personal total, llena de peripecias con la administración gubernamental de ese país, con sus informantes, con la telaraña de la sociedad nacional y por supuesto con quienes son sus «amigos a estudiar».

El objetivo central de su proyecto se encontrará con dificultades propias del oficio del antropólogo, y para no desaprovechar la estancia en «campo» decide observar otro ritual, en otro pueblo. En su negociación con la administración local para su permanencia en la región, se encuentra con el político de turno que quiere «cambiar» la realidad de «su pueblo». «La ética de la antropología no es sencilla. Normalmente, el antropólogo trata

de influir lo menos posible en el pueblo que está estudiando, aunque sabe que tiene algún efecto. En el mejor de los casos, tal vez devuelva a un pueblo desmoralizado y marginal cierto sentido de su propia valía y del mérito de su propia cultura. Pero, por el mero acto de redactar la monografía de rigor sobre cualquier pueblo, los presenta con una imagen de sí mismos coloreada mediante sus propios prejuicios e ideas preconcebidas, puesto que no existe una realidad objetiva sobre un pueblo extranjero. El uso que hagan de su imagen es imprevisible. Pueden rechazarla y reaccionar contra ella. También pueden cambiar para ajustarse mejor a ella y convertirse en actores fosilizados de sí mismos. De cualquier modo, la inocencia, la sensación de que algo se hace porque las cosas no pueden ser de otro modo, se pierde.» (pág. 45). La reflexión que hace todo el tiempo de lo que está observando y viviendo, lo llevan a expresar sus propias concepciones acerca del mundo académico en el que vive; resalta aquello que es de su interés, y de allí deriva interesantes y divertidos análisis. «Como en cualquier país en el que existen muchas lenguas, gran movilidad social y un importante grado de semialfabetización, hay personas que dudan sobre qué es correcto y qué es incorrecto. Por lo tanto, con frecuencia los libros ofrecen cartas enteras que pueden adaptarse a cualquier ocasión cambiando una o dos palabras, de modo similar a como los malos estudiantes se aprenden de memoria redacciones enteras que emplean empecinadamente en las circunstancias más inapropiadas de cualquier examen...

«Los jóvenes son particularmente presa de la inseguridad del escribiente, y se ha creado toda una subindustria que proporciona cartas de amor para todas las ocasiones. Éstas se difunden entre los estudiantes universitarios con una rapidez y fervor reservados en nuestras escuelas a las obras de osada pornografía. Contienen consejos tales como (tomado de un ejemplo nigeriano): 'Las señas deben estar

encima del lado derecho de su cuaderno, y debe recordar que el amor es dulce como el azul y que hay que tratar de escribir en papel azul porque el azul siempre demuestra un profundo amor.'»

Vuelve, luego de sus coherentes disgregaciones, al objeto central de su estudio: la circuncisión. Después de una breve y ágil descripción de la mecánica del «ritual», da paso al análisis de esta manifestación humana, enmarcada siempre en las referencias y apreciaciones que tienen de la misma los Dowayo. A partir de ello, trata de aproximarse a una generalización e iniciar una nueva búsqueda, la mastectomía inexistente, en el pueblo vecino de los Ninga.

«Todo esto me resultó un golpe mas bien duro. Cierto es que algunos de los pueblos que estudian los antropólogos en Sudamérica no son más numerosos. La enfermedad, el desposeimiento y la guerra los han reducido a diminutas fracciones de lo que eran. Pero trabajar sobre un pueblo tan mermado como aquél sería arqueología en la misma medida que antropología. Dada la importancia de la mastectomía inexistente, era una suerte que me encontrara allí en un momento tan crítico, pues, cuando un pueblo pierde su identidad, lo que más lamenta el antropólogo es la pérdida de una visión particular del mundo, resultado de millares de años de interacción y pensamiento. Desde ese momento, nuestra visión de la gama de posibilidades humanas se ve disminuida. La importancia de un pueblo no tiene nada que ver con las cifras.» (pág. 108)

Ceñido a la descripción etnográfica de un observador cuya formación le permite percibir más allá de lo aparente, esa misma formación lo hace crítico de su disciplina y de sus propias actitudes con una sana e irreverente ironía. «En antropología, el grado de disfrute suele interpretarse como medida de la comprensión alcanzada. Si a un

antropólogo no le gusta nada de lo que encuentra en un pueblo extraño, se trata de etnocentrismo. Si desaprueba algo, se debe a que aplica unos criterios erróneos. Con frecuencia no se tiene presente que la cultura que el etnógrafo suele apreciar menos es la propia, la que debería conocer mejor. Sin embargo, el placer no suele ser objeto de tales restricciones. Un etnógrafo a quien le guste alguna faceta de la cultura que está estudiando no es acusado jamás de etnocentrismo ni de aplicar criterios erróneos. Este curioso hecho ha conducido a un extraño sesgo en las monografías sobre la materia, en las cuales se representa al trabajador de campo revolcándose en un deleite total por las cosas que experimenta. Seguramente, a esto se debe que la experiencia real del trabajo de campo resulte un golpe tan fuerte para el principiante y aparentemente ponga en cuestión su dedicación al tema.» (pág. 136).

Casi emulando a una película o a una novela de misterio, el antropólogo se encuentra con que el ritual no se hace, ya que en él no está únicamente la voluntad y el deseo del hombre, sino también la naturaleza que juega su papel, casi siempre definitivo. Lo asume y asimila a tal punto, que la experiencia le da el título al libro: "Las plantas de mi hijo hervían literalmente en robustas orugas negras que habían devorado por completo las hojas jóvenes. Los combados tallos disminuían visiblemente ante nuestros ojos a medida que las bestias los iban consumiendo.» (pág. 196). Queda así la sensación de un juego inacabado, de un destello que se apaga antes de percibir, en las sombras, el cuerpo real de lo existente.

«En la investigación antropológica, al igual que en otras áreas de la actividad académica, se concede poco valor a las conclusiones negativas, al descubrimiento de caminos falsos, a la demostración de

extremos sin salida, a las fiestas no presenciadas.» (pág. 197).

En general, a las ciencias humanas, y en especial a la antropología, se les critica por su incapacidad a la hora de cuantificar los datos. Uno pensaría en la inutilidad de cuantificar aquello que de por sí, siempre será incompleto. ¿Cómo cuantificar la sensación que se produce cuando existe una relación trascendental, en donde los que participan sienten que su mundo, a partir de ese momento ya no será el mismo?.

«Llegó el momento de volver a casa: Un viaje que termina inicia siempre una sensación de tristeza ante el transcurso del tiempo y la ruptura de relaciones. Con ésta se combina una sensación muy básica de alivio por regresar, relativamente indemne, a un mundo seguro y predecible, donde las plagas de orugas negras y peludas no trastornan las previsiones cósmicas. También da paso a nuevos modos de vernos a nosotros mismos, que es quizá la razón por la cual la antropología es, en última instancia, una disciplina egoísta.

«Saqué el impreso del informe que tenía que mandar a la junta de investigación, inspiré profundamente y empecé a escribir: «Debido a una extraordinaria plaga de orugas negras y peludas...»» (págs. 211-212). **Benjamín Yépez Ch.**, (Colciencias/ Colcultura).

*Nigel Barley: Una plaga de orugas. Anagrama, Crónicas 29. Barcelona, 1993.*

## Hacia una nueva antropología

Este libro alude de manera directa a la realidad multicultural de los Estados Unidos. Encuentra, sin embargo, fácil aplicación a la realidad

latinoamericana y mundial en la medida en que examina el desarrollo de la antropología y sus nuevos campos de estudio, ligándolos de manera estrecha a las relaciones internacionales de dominación, los conflictos, los cambios y los procesos de descolonización política y cultural. Estos dan lugar a lo que el autor llama un «entrecruzamiento de fronteras culturales» en el acontecer social.

La condición de biculturalidad de Renato Rosaldo le permite situarse en una doble perspectiva: la del chicano en la sociedad estadounidense —que es de clara subordinación— y la del antropólogo que percibe y analiza los procesos en el contexto de una potencia mundial. Desde su posición particular, el autor manifiesta su preocupación por la diversidad cultural y el respeto a la identidad, replanteando la forma y el objeto del análisis social, en un intento por desplazar la exclusividad de la herencia occidental para incluir elementos de identidad propia. Este trabajo denota un compromiso con los grupos subordinados al analizar los procesos constantes de transculturación, que desembocan en la pluralidad de identidades de los latinos en Estados Unidos. Son éstas las nuevas condiciones de las relaciones sociales, que para Rosaldo, permiten la ampliación del campo de la antropología, dando paso a transformaciones a nivel de conceptos, objetos de estudio, métodos de análisis etnográfico y modos de composición y escritura.

Estos aspectos de la disciplina sirven para el análisis crítico de la antropología y para el planteamiento de nuevas propuestas. Renato Rosaldo intenta trascender los análisis clásicos, en los que se privilegia lo general, lo estructural y «elaborado» como los elementos claves para explicar la cultura. Así, critica los estudios sobre culturas formales y estáticas, cuyas interpretaciones desechan las emociones de las personas y los

elementos informales, distorsionando la realidad.

El autor enriquece la interpretación antropológica de las emociones, mediante los conceptos de «fuerza emocional» y «sujeto ubicado», que basados en las experiencias particulares de los individuos y la forma como interpretan y sienten los patrones de su cultura, abren otra perspectiva para el conocimiento social. Para el autor, en la antropología clásica se han confundido las categorías de profundidad cultural (detalle analítico) y elaboración cultural (explicación densa), esencialmente distintas.

En el texto se encuentra entonces, un nuevo planteamiento sobre el concepto de cultura —que, de esta forma, contempla procesos de cambio, conflictos y contingencias— y una nueva concepción de análisis social y de interpretación. En breve, Rosaldo propone la comprensión de las culturas en sus propios términos, considerando la existencia de fronteras culturales derivadas de los conflictos, y desplazando la exclusividad de lo normativo como determinante del comportamiento social. A partir de estas nuevas concepciones, interpreta la capacidad improvisatoria, la imprevisión y variabilidad de los Ilongotes de Filipinas, como cualidades positivas de valor cultural que crean ritmos distintivos, ignorados en las normas clásicas, y descubre el «desorden», la creatividad y los ritmos de las prácticas sociales como campos relevantes y complejos. Así, en sus descripciones etnográficas, Rosaldo relativiza sus propias categorías de antropólogo occidental, respecto al tiempo y la acción social.

El desplazamiento de los temas de estudio de la antropología y el surgimiento de nuevos intereses en la disciplina, desembocan en nuevos métodos etnográficos y formas de escritura. Rosaldo presenta la

narrativa personal como alternativa de representación de otras culturas, con lo cual pone en duda la legitimidad exclusiva de las normas clásicas, que en su afán de objetividad suprimen la interacción entre investigador e investigados. En su análisis sobre la ira en la aflicción de los Ilongotes, el autor permite que el lector conozca el procedimiento que lo llevó a comprender formas de pensar y sentir en esa cultura. Recurre tanto a sus vivencias personales —la muerte de su esposa— para aproximarse a los sentimientos y actitudes experimentados por los Ilongotes ante la pérdida de seres queridos, como a su experiencia personal con los Ilongotes para sustentar la validez metodológica de sus interpretaciones. Con esto demuestra las limitaciones que afectan el análisis social surgido únicamente de las teorías, y expone la necesidad de que el antropólogo amplíe su capacidad de percepción al interior de la cultura que intenta interpretar.

Por otra parte, la impugnación de la antropología clásica se da en el sentido de su pretendida objetividad que separa el sujeto del objeto; esta crítica parte del uso del lenguaje etnográfico, pero se centra en las descripciones desfamiliarizantes que ocultan los hechos cotidianos y el sentir de los actores. Es decir, no es solamente el texto, sino la posición personal de quien escribe, lo que determina las formas de objetivización de las culturas. En este sentido, Rosaldo se sitúa como etnógrafo en una posición de «hablante y oyente» en la que es posible interpretar y también escuchar las interpretaciones de los otros.

Desde esta perspectiva, el análisis se hace más complejo, al implicar tanto las narrativas del etnógrafo como aquellas de los actores sociales, situándolas en un mismo nivel de importancia. El texto de Rosaldo se distingue también de las etnografías clásicas porque no sólo incluye análisis y críticas derivadas de la teoría antropológica, sino manifestaciones y expresiones culturales diversas y divergentes de sectores subordinados

(narrativas chicanas e interpretaciones de los Ilongotes). Les asigna un lugar significativo en el proceso de explicación cultural y las ubica en el panorama general de las luchas políticas, la heterogeneidad y el cruce de identidades culturales.

En este diálogo, replanteado por Rosaldo, él mismo reconoce la existencia de relaciones asimétricas, en las que el etnógrafo aporta elementos para la dominación, concretamente como agente del imperialismo. Pero el autor introduce nuevos matices a esta vieja discusión, cuando advierte que aún el etnógrafo más «comprometido» sirve a ideologías mediante el uso de categorías analíticas, sin reconocer su participación en las relaciones de poder. Con esta crítica —y autocrítica— intenta mostrar con su concepto de nostalgia imperialista, cómo el etnógrafo «nostálgico» colabora efectivamente con la occidentalización y dominación de los pueblos, y sin embargo, continúa evocando e idealizando las sociedades en sus condiciones pasadas, en un encubrimiento de complicidades imperialistas, propiciado por la misma antropología.

En el texto se confiere especial importancia a las relaciones conflictivas y complejas entre el etnógrafo y sus informantes, en las que hay elementos de dominación y subordinación. En respuesta a ello, el autor señala la existencia de múltiples formas de interacción subjetiva y emocional, donde muchas veces el etnógrafo se encuentra en posición subordinada, especialmente cuando se enfrenta al rechazo de los miembros de la comunidad. Las relaciones de poder implícitas en el trabajo etnográfico, no son unilaterales; están mediadas por desigualdades que operan en el tejido social de los sujetos, tales como las diferencias de género proyectadas tanto en el campo de la interacción social como en el de la



interpretación antropológica.

Las posiciones personales y cargas emotivas permiten, además, enriquecer el análisis social con otros fragmentos de realidad —no considerados por los estudios clásicos— en los que la visión crítica juega un papel esencial. Para Rosaldo, las diferentes posiciones de los analistas sociales frente a los sujetos, ofrecen múltiples posibilidades igualmente válidas. En esta interacción, propone establecer un balance que revele la cultura del etnógrafo (particular y no universalizante), permitiendo la interpretación bilateral.

En consecuencia, el autor se asume como latino «oprimido» y comprometido en las luchas de un grupo particular, y su forma de escritura crítica —en ocasiones fuera de lo convencional—, así lo confirma. El texto se aleja con frecuencia del estilo de los informes teórico-científicos para penetrar en campos de la cotidianidad, innovando y refrescando la narrativa. Rosaldo formula reflexiones —en lenguaje informal, muchas veces humorístico— sobre lo familiar, lo imprevisible, lo espontáneo, lo conflictivo, acercando el análisis antropológico a realidades tal vez más relacionadas con el sentir de la gente y de sí mismo como partícipe de esa realidad. La propuesta narrativa de Rosaldo, que involucra al lector de manera cercana y agradable, pierde su fuerza en algunos momentos, por las lamentables deficiencias en la versión castellana.

En conclusión, el texto de Renato Rosaldo, no sólo muestra el trabajo teórico y metodológico de un investigador social: devela aspectos de la vida de un hombre que integra a su ética y a su quehacer, intereses vitales, históricos, políticos y afectivos. **Doris Arbeláez** (Universidad Nacional).

*Renato Rosaldo. Cultura y verdad. Nueva Propuesta de Análisis Social.*

*Traducción de Wendy López Togo. México D.F.: Editorial Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994. 229 págs.*

## Conflictos multiculturales de la globalización

En este libro, García Canclini nos introduce en una relación poco pensada, pero no por ello despreciable. Relacionar la construcción del ciudadano con las prácticas del consumo es claramente, para él, la expresión de un conflicto entre la multiculturalidad y la globalidad. Si bien es cierto que la antropología latinoamericana había desatendido esta relación, no lo es menos que desde otra vertiente de esa misma antropología se empezaba ya a crear un escenario donde se forjaba una nueva metáfora para comprender los movimientos y recapturar los desplazamientos de los sujetos sociales. Así, la antropología del desarrollo surgió para introducir, en los procesos de globalización, las categorías que hacen posible flexibilizar las viejas identidades en un período cuando el movimiento, la circulación y el descentramiento se vuelven capitales para capturar las trayectorias de un mundo que, paso a paso, desdibuja las naciones, los estados, los movimientos sociales.

Atendiendo a estos antecedentes es necesario mirar el libro de García Canclini como una de las maneras de entrar en los nuevos procesos que relacionan lo global, lo nacional y lo transnacional. Nadie pondría en duda que existen nuevas estrategias para construir el ciudadano. Estas, en parte, están puestas sobre la fabricación del mercado. Lo cual implica mirar el consumo como una constelación cultural en donde las culturas locales resignifican y crean capitales simbólicos para hacerse a los productos

que las transnacionales introducen en nuestro continente. Pero no se trata solamente de productos o imágenes, se trata, más bien, de estilos de vida.

El autor ubica el consumo y lo que denomina *massmediación* (medios que proveen imágenes para el consumo masivo) como proyectos hegemónicos para abolir la diferencia. A partir de esta ubicación, propone una pregunta capital, que no contesta: ¿Puede construirse un modelo de globalización distinto al planteado por el neoliberalismo? Sin duda, el esfuerzo por responderla es grande. Por primera vez, en la construcción de su pensamiento, García Canclini acepta nítidamente la existencia de lo popular a partir de un circuito definido al cual denomina circuito histórico-territorial. Igualmente, ubica un circuito específico para la hegemonía local, el circuito de la cultura de élites. La fuerza estratégica de la transnacionalización hegemónica la sitúa en dos circuitos: el de la comunicación masiva y el de los sistemas restringidos de información y comunicación (satélite, computadores, etc.).

Así, el problema de la construcción del ciudadano se traslada a una sola dimensión conflictiva: el poseer o tener acceso a los dos últimos circuitos. Esta restricción unidimensional deja por fuera las relaciones que generan los modelos de desarrollo a partir de lógicas distintas de entrelazamiento entre el hombre y la naturaleza. Por citar un ejemplo, Roberto Da Matta (1992) dio buena cuenta de este problema al investigar las representaciones y modos de acción de lo popular sobre el significado de la naturaleza en Brasil. Ello está ausente en el planteamiento de García Canclini. Ahora bien, todos los discursos generados en la tendencia de la antropología del desarrollo son despachados en pocas frases con las cuales García C. acepta

que existen modelos alternativos de la relación hombre-naturaleza, sin entrar a profundizar en un problema de tal envergadura.

Aún así, teóricamente encontramos un saldo favorable cuando el autor examina las nuevas relaciones entre Estado y sociedad civil, mostrándonos cómo la massmediación se ha convertido en el circuito favorito de los nuevos modos de hacer política. Esta, principalmente la televisión, propone nuevas formas de construir identidad. Ha penetrado los hogares, y con ello la intimidad, para capturar, en buena parte, los dispositivos del gusto. De modo que, parafraseando al autor, los países del Tercer Mundo y de Europa empiezan a sufrir una transformación que los convierte en suburbios de Hollywood. Y es a partir de esta aseveración que uno puede regresar al mercado, al consumo y a la massmediación para observar las modalidades de construcción hegemónicas de los Estados Unidos. Es precisamente, en esta arena, donde las tensiones se hacen transparentes, mostrando que la desaparición de la noción de país, de lo local no es sino una estrategia para acaparar los modos de mirar, sentir y experimentar el mundo. De allí que García Canclini entre en la discusión planteada desde los países productores de industrias culturales cinematográficas y televisivas sobre la necesidad de luchar por mantener las condiciones de producción y de distribución nacionales que pongan límite a la invasión de las industrias culturales norteamericanas.

Ahora bien, este libro, como el autor mismo lo señala, es un paso intermedio entre artículos que van modelando problemas teóricos y metodológicos de la investigación que su grupo realiza en cuatro ciudades de México. Pero es precisamente en este anudamiento donde contrasta el peso excesivo de la teoría con la exigua respuesta metodológica para estudiar la

relación ciudadano y consumidor. Se saca a relucir la multidisciplinariedad como fortaleza para construir investigaciones sobre la relación multiculturalidad-globalidad. La sociología aparece en su capacidad de apropiación del dominio de las macroestructuras que se hacen visibles a través de las encuestas hechas a grupos muy amplios. La antropología, en su dominio del campo de las entrevistas a profundidad que busca dar un rostro hermenéutico a la multidisciplinariedad. Pero cuando se trata de interpretar, la antropología permanece asida al psicoanálisis y sin capacidad de generar interpretaciones simbólico-sociales. Aparece entonces una dicotomía ambigua para salir del paso. Hay que diferenciar «lo que se dice de la ciudad» -sociólogos, economistas, planeadores, etc.- de «lo que la ciudad dice»; sin embargo, no ubica con precisión cuál es ese sujeto (o sujetos) «ciudad» que dice de sí (o dicen de sí mismos). De modo que nunca sabemos cuáles son estos sujetos multiculturales, cómo están constituidos, cuáles son sus marcas de identidad, sus estrategias, sus diferencias con el estado y lo global. ¿Y a partir de qué matrices resignifican el consumo, en forma tal que se pueda hablar concretamente de los procesos locales?

Como corolario a estos problemas, en la obra hay una invisibilidad de los conflictos interculturales, de los conflictos entre proyectos de desarrollo, entre legitimidad e ilegitimidad, entre formalidad e informalidad, que desvanecen casi completamente las grandes redes por las cuales circulan narcóticos, armas, música, saberes religiosos, representaciones de la naturaleza, contrabando, etc. Aún más, tampoco son visibles los estragos de la lucha entre lo global y lo multicultural, las altas tasas de homicidio, los genocidios, las luchas entre militares y paramilitares, los movimientos de desplazados, los ecocidios, las violencias y los terrorismos de estado, la proliferación de grupos fundamentalistas en todos los ámbitos

de la vida social. Por esto el libro, en su pretensión de novedad, esquiva asépticamente problemas protuberantes que se relacionan con esa lucha entre globalidad y multiculturalidad.

En resumen, el libro genera un marco de problematización que desborda los resultados de investigaciones previas. La pregunta «¿Puede existir una forma de globalización distinta a la del neoliberalismo?» descubre un filón que permitiría anudar campos de la antropología y de las ciencias sociales, actualmente distraídas por completo en su especialización. Correspondería a nuevas investigaciones ligar el campo propuesto por García C., con las actuales condiciones de violencia y desigualdad que se viven en el mundo. Igualmente quedan por explorar los caminos mediante los cuales las nuevas identidades colectivas pueden luchar políticamente dentro de este contexto. **Carlos Ernesto Pinzón Castaño**, (Profesor del Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia).

*Néstor García Canclini. Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización. Editorial Grijalbo, México, 1995. 198 págs.*

## Antropología Forense

En la última década se ha presentado un fuerte surgimiento de investigaciones y publicaciones en Antropología forense. Un resultado importante de los estudios recientes es la comprensión de que hay diferencias métricas y morfológicas entre las poblaciones. Además, este campo se ha beneficiado ampliamente por los vastos progresos en la

comunicación internacional. Esto ha conducido no solamente a la ampliación del conocimiento existente, sino también a la proliferación de investigaciones en varias lenguas sobre poblaciones específicas en todo el mundo, que pueden ser aplicadas localmente.

*Introducción a la Antropología Forense* es un buen ejemplo de esta tendencia.

Este libro trata de los principios y procedimientos necesarios para establecer las características demográficas e individuales del esqueleto humano. En su introducción, el autor llama la atención sobre el incremento de la violencia por causas políticas en Colombia, agudizado por una estructura social inestable que ha conducido a la desaparición de alrededor de dos mil personas. Muchas de ellas se han encontrado en fosas comunes.

El libro está dividido en 12 capítulos que incluyen exhumación, variables de identificación (sexo, edad, raza, estatura), y reconstrucción facial. A lo largo del libro también se tratan aspectos de genética, radiología, histología y paleopatología.

El primer capítulo es una historia detallada de la Antropología forense en los Estados Unidos, Latinoamérica y Colombia. El autor se esmera en enfatizar los aspectos positivos de las contribuciones de varios antropólogos, a partir de las publicaciones de Thomas Dwight en 1878. Subraya que en la década de los ochentas hubo una gran expansión de la disciplina en los Estados Unidos y América Latina. Al mismo tiempo, se conformaron organizaciones como la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas (CONADEP), el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) y el Equipo Colombiano de Antropología Forense (ECAAF). Rodríguez considera que la responsabilidad de los antropólogos forenses no es solamente contribuir en la identificación de la víctima y

la causa de muerte, sino también testificar en los procesos judiciales, y en casos de desapariciones y muertes por motivos políticos.

El segundo capítulo empieza con una descripción, paso a paso, de la excavación del sitio de enterramiento e investigación de la escena del crimen. Explica cómo preservar evidencias importantes dentro del contexto y evitar errores potenciales durante el proceso de recolección.

Los capítulos, del tercero al quinto y el séptimo, incluyen la valoración de las características demográficas, a saber, edad, sexo, raza y estatura. Por alguna extraña razón, el sexto capítulo, que contiene las instrucciones sobre análisis osteométrico del esqueleto postcranial, fue insertado entre los capítulos de raza y estatura.

El resto del libro hace referencia a los factores de individualización -rasgos que conducen a la identificación de una persona en particular-. En el octavo capítulo Rodríguez trata tópicos tales como el peso corporal, lateralidad, patología y estrés ocupacional. El capítulo noveno enumera marcadores adicionales, como los rasgos no métricos y la patología. Los avances en reconstrucción facial se presentan en el capítulo décimo. El autor analiza cuidadosamente el rostro detalle por detalle. El capítulo décimoprimer o aborda una de las más novedosas y controvertidas áreas de las ciencias forenses actuales: la huella del ADN. Esboza las técnicas de recolección de la evidencia, la verificación de la autenticidad, detección de la contaminación y cambios post mortem. El capítulo final presenta dos estudios de caso de homicidios que incluyen la identificación de restos óseos.

El libro finaliza con un breve resumen de los aspectos esenciales de la Antropología forense detallados en los capítulos anteriores. Después de una breve bibliografía, el autor anexa un formato de recolección de datos para uso en campo.

El libro presenta algunos errores por inadvertencia: varias erratas tipográficas que dificultan la lectura. Otra

inconsistencia se observa en la existencia de dos subtítulos diferentes. En la portada se lee «Análisis e interpretación» y en la portadilla, «Análisis e identificación». La paginación está alterada; faltan, por ejemplo las páginas 19 y 20 y no hay secuencia entre las páginas 183 y 184. El problema se repite en lo que debería ser la página 70. Las fotografías fueron sustituidas por dibujos muy esquemáticos, cuyo resultado es la ausencia de detalle; esto, por ejemplo, en las fases de la costilla podría provocar equivocaciones en la estimación de la edad. Finalmente, numerosas referencias citadas en el texto, no aparecen en la bibliografía.

Aunque mucho más simplificado y corto, este trabajo es obviamente un buen modelo basado en *The Human Skeleton in Forensic Medicine*, escrito por Krogman e Iscan (C. Thomas, Springfield, 1986), al cual Rodríguez se refiere como «la biblia de la medicina forense» (p.9). Esto lo convierte en una buena fuente para un amplio público interesado en este campo, desde estudiantes avanzados de pregrado hasta patólogos forenses y odontólogos, y en un texto de consulta elemental, pero comprensible para aquellos que se inician en este campo. Hasta el momento este libro es la guía más completa y actualizada escrita en castellano. **Mehmet Yasar Iscan, Katherine Lima-Manzella**, Department of Anthropology, Florida Atlantic University, Boca Raton, FL 33431-0991, USA.

Traducción: **María Inés Barreto**. (Universidad Nacional)

*José Vicente Rodríguez C. Introducción a la Antropología Forense: Análisis e interpretación de restos óseos humanos. Anaconda Editores, Bogotá, 1994. 326 páginas. Reseña publicada en el Book Reviews/Forensic Science International 73 (1995): 164-166.*



## Música y sociedad en los años 90

Esta compilación de ponencias y artículos escritos por varios especialistas de la investigación musical fue publicada como una de las primeras actividades que realizó el Consejo Iberoamericano de la Música, CIMUS, desde su fundación (junio de 1994). En ella, además de las actas de constitución del Consejo, se muestra el amplio espectro de la investigación musical, que no es necesariamente musicológica en el sentido estricto del término, sino una confluencia de varias disciplinas y actividades que observan la misma manifestación. Antropólogos, sociólogos, compositores, historiadores, pedagogos, intérpretes, dan su apreciación del hecho musical en la última década del siglo XX.

La música como hecho social, como manifestación de cultura, se encuentra en una sociedad de transición, como medio y expresión. Los problemas técnicos de la música como lenguaje, como forma, dan paso a la encrucijada en la cual constituye una expresión humana en sociedades cada vez más complejas y abiertas, en donde se confrontan modos, modelos de hacer y entender la música y, por supuesto, intenciones, maneras de distribuir, espacios hegemónicos para mercados específicos, conceptos estéticos, mensajes abiertos o subliminales, valores patrimoniales, la conservación de lo tradicional, o mejor, su permanencia, no sólo como forma estética, sino como sentido mismo de la vida.

Este complejo mundo debe ser visto desde diferentes ángulos. ¿Comparte la industria un mismo

espacio con los valores tradicionales? ¿Compiten los medios tecnológicos avanzados con los medios tradicionales de transmisión? ¿Tiene el mismo sentido el sonido para todos los humanos? Así se presentan los múltiples aspectos. En este ámbito surge la pregunta, ¿es válida la interdisciplinariedad para comprender un complejo cultural, o se abre más bien paso a la complementariedad entre diferentes enfoques? Creo que en el texto expuesto se da vía a la segunda opción.

«Las relaciones entre música y sociedad están marcadas hoy por el signo de la complejidad, e incluso del conflicto; el presente, si está vivo, es polémico por definición, y esa complejidad no sólo reside en la propia complejidad y pluralidad del hecho musical en sí, sino en la forma en que la problemática se desarrolla en el momento de su incardinación con los conceptos de Sociedad y Cultura hasta el punto de poder afirmarse que, al menos en España, (y con determinadas variantes también en Iberoamérica) uno de los ejes de esa problemática reside en un factor clave: la falta de implantación social de la música como valor cultural; valor cultural entendido no como elemento de estatus o prestigio social (algo que no tiene entre nosotros ni siquiera un valor de intermediación simbólica), sino propiamente la falta de implantación social de la música como valor cultural arraigado, profundo.» (Pérez Maseda, «Música y formas de aculturación», pág. 72)

«Sostengo que los medios masivos operan una constante innovación en la percepción del oyente de música, experimentando con reglas comunicativas y avanzando en la tecnología de la interacción entre el producto musical y sus consumidores. Ello propicia un clima de homogeneidad estética que va mucho más allá de las diferencias formales entre los diversos estilos musicales que circulan en el mercado. Hace una generación apenas, las diferencias de gusto eran enmarcadas por barreras de clase o de grupos de pertenencia y el

idioma de la distinción regía claramente. Hoy día los medios masivos permiten un aumento considerable del consumo musical y la distinción de clase empieza a dar lugar a un clima más cosmopolita, estimulando el convivir de estilos musicales formalmente muy distintos entre sí, pero conmensurables en cuanto parte de un mismo universo mediático que "ecualiza" o por lo menos homogeniza el impacto sensorial de la música, más allá de las convenciones estéticas específicas.

«Por otro lado, las formas musicales pertenecientes a los circuitos sociales y rituales dichos tradicionales operan de un modo casi opuesto a ese modo perceptivo de los medios; su énfasis suele estar en mantener, conservar un determinado objeto sonoro con su modo específico y único de impactar los sentidos; es decir, movilizan tecnologías de la percepción extremadamente idiosincráticas, que no resisten a esa homogeneización de los medios sin perder su eficacia o volverse un mero fetiche. (Carvalho, «Centralidades rituales y desplazamientos simbólicos. Configuraciones de la sensibilidad musical contemporánea», pág. 83).

En conclusión, el texto aporta, en términos generales, una visión panorámica de la problemática y del estado de la cuestión en lo que respecta a la investigación musical y su relación con la sociedad contemporánea.

**Benjamín Yépez Ch.**, (Colciencias/ Colcultura).

*Música y Sociedad en los años 90. Actas del Consejo Iberoamericano de la Música. Consejo Iberoamericano de la Música, Madrid, 1995. 184 págs.*

*Puede adquirirse solicitándolo al Consejo Iberoamericano de la Música, CIMUS, Calle Torregalindo, 10, Madrid, 28016, España. Fax: (90-341) 3508279.*

## Antropología cognitiva

A la manera sintética, sencilla y concreta de los maestros y con una emoción que lo delata como uno de los pioneros en este campo de investigación, D'Andrade reseña y comenta el recorrido de la corriente norteamericana que en los años sesenta se conoció como "Nueva Etnografía" y que hoy tiene paralelos y extensiones en otras disciplinas de enfoque cognitivo: la lingüística, la psicología y las que se sitúan en el área de la inteligencia artificial.

La definición del campo de la antropología cognitiva es para D'Andrade: "el estudio de la relación entre la sociedad humana y el pensamiento humano. El antropólogo cognitivo estudia cómo la gente de los grupos sociales concibe y piensa sobre los objetos y eventos que constituyen su mundo —incluyendo cualquier cosa desde objetos físicos como plantas silvestres hasta eventos abstractos como la justicia social" (p.1).

Reconstruyendo en orden cronológico los debates que atraviesan la antropología contemporánea en los Estados Unidos: el mentalismo, la objetividad y el concepto de cultura, el autor nos pasea por los avatares del origen y desarrollo de esta perspectiva. Nacida paralelamente y a imagen de la más dura de las ciencias sociales, la lingüística estructural, también corre con la misma suerte: el método aplicado a un sólo nivel tiende a ocultar el conjunto, la complejidad y el dinamismo de la significación como proceso.

La convergencia de intereses con la psicología resulta muy productiva para adelantar este programa: analizar los sistemas de conocimiento. Entendidos

éstos, sea como categorías estructuradas en forma jerarquizada (taxonomías), sea como estructuración de un campo de significados a partir de la caracterización de entidades representantes de su género (*prototypes*), sea como la construcción de procesos ordenados y pautados (*schemas*).

Para el primer caso, los sistemas clasificatorios, el análisis componencial trata de descubrir cómo convergen la formalización de la semántica de las categorías de parentesco con el entendimiento del orden socio-económico-cultural. Se busca el significado de los términos, dado por sus referentes (los distintos parientes que clasifica) y se intenta expresarlo a partir de: a) términos básicos, producto de la combinación de relaciones con vocación universal (paternidad, hermandad, alianza...) y b) la aplicación de reglas de equivalencia particulares que transforman una categoría prototípica de ese sistema en las demás. En otras palabras, propone que cada sistema se construye a partir de un centro: una categoría nodular alrededor de la cual se tejen los demás términos. Esta última concepción es afín a la de prototipo desarrollada por la psicología.

Los resultados de los estudios sobre denominación de los colores en distintas culturas y las regularidades en cuanto al número de niveles de inclusión de los términos de las taxonomías populares, dan como resultado la postulación de términos y niveles básicos de carácter universal, que surgen de la convergencia entre unos centros o propiedades focales que ofrece la realidad (dando lugar al concepto de *saliency*), y de las capacidades discriminatorias de la cognición humana. Este planteamiento constituye una alternativa teórica al utilitarismo y al racionalismo en antropología.

En cada uno de los capítulos, además de la contextualización teórico metodológica, encontramos ejemplos de vocabularios, su estructuración conceptual y los supuestos asociados que los conectan como saber popular. Cita concepciones de las enfermedades, del carácter humano, de las relaciones interpersonales, de la navegación en

alta mar y su práctica en Micronesia. La contrastación transcultural de estos conocimientos permite ver las características que los hacen "humanos": coherencia, pautas de aprendizaje, subyacentes límites de complejidad simbólica, eficacia a pesar de partir de contradicciones internas, etc...

Nuevos conceptos enriquecen la investigación de los procesos de percepción, comprensión, aprendizaje y memorización que subyacen a los sistemas clasificatorios y a los sistemas de conocimiento humanos: procesos de emergencia y redes conexionistas que son modelos auto-organizadores de la percepción y del aprendizaje, abriendo un espacio a nivel de cognición y restringiendo el de la racionalización. Por otro lado está la teoría de los esquemas, que define conocimientos específicos a partir de distintas secuencias encadenadas que suponen sus propios espacios, elementos, relaciones, acciones y participantes, aliviando la memoria al segmentar el saber cultural en varios niveles que se interconectan en las circunstancias apropiadas, poniendo en acción elementos conscientes e inconscientes.

La historia y los planteamientos de este texto desafían las expectativas que en nuestro medio tenemos sobre el campo de la antropología. La combinación de teorías sobre la significación y la comprensión con un aparato formal, herramientas estadísticas y de muestreo permiten dar una luz sobre cómo funcionan en campos muy bien delimitados las relaciones entre lenguaje, símbolos, creencias, percepción y mundo. Pocos aportes nos parecen tan significativos para replantear la especificidad del concepto de cultura. **Camilo Alberto Robayo**, (Departamento de Filología e Idiomas, Universidad Nacional).

*Roy D'Andrade. The Development of Cognitive Anthropology. Cambridge UK: Cambridge University Press, 1995, 270 págs.* 